

Enrique Villada

Mi querido amor:
quisieron apartarte de mi lado
cuando nacía tu admiración por mí,
pero tú soportaste los insultos
y preferiste la vergüenza
al camino seguido por los otros.
Y la distancia se hace grande,
nos separan los años,
no sé que monstruos cruzarán
entre las nubes del camino,
pero quiero decirte,
antes que vengan a buscarme
para tener cumplida su venganza,
que te llevo conmigo,
recuerdo tu ternura,
y celebro la gracia de tu cuerpo
todas las horas que me quedan.

Del centro de mi cráneo,
desde mi médula espinal,
el magma de semillas,
un géiser, estremecimiento
de la flama. Las trojes
se desbordan del trigo que sembraste,
en los pastos el sol colma las ubres.

Las cúpulas apuntan
a un cielo de sábanas y almohadas.
La ventanas arrojan una luz interior.
La blanca grupa de la yegua
se curva temblorosa.

Me bebes como un río, me recibes
en la pila del agua bautismal.
Me absorbes con tu arena
de sed incalculable.

Me das tu hombro como a un cristo
recién resucitado,
y algo me dice que volví de la muerte
para vivir en la verdad
de tu cuerpo desnudo.

Como si de repente
estallaran los últimos botones
de tu blusa y dejaran al aire
dos morenos pezones,
aprendo el arte del asombro.

Y sospecho tus muslos,
la cerradura de tu puerta
por donde un cíclope te mira.

Y quisiera tenerte
sobre la seda de un desierto
blanco de tanta luz, un lecho
para tu espalda de ángel.

Acariciar tus pies volátiles,
desprenderte del último
vestigio de la ropa,
como la garra carnífera
que aparta suavemente
el ala del ave que devora,

que resistieras y rodáramos
entre arenas y gritos
lejos por fin, amor, de los intrusos.